



Cartas para comprender la historia de Bolivia

Mariano Baptista Gumucio

Selección, prólogo y notas



Estudio introductorio

La obra de Mariano Baptista Gumucio y la relevancia del género epistolar para comprender procesos históricos

H. C. F. Mansilla*

PRELIMINARES SOBRE EL AUTOR Y SU OBRA

El compilador de este volumen, Mariano Baptista Gumucio, nació en Cochabamba el 11 de diciembre de 1933. Proviene de una ilustre familia de aquella ciudad dedicada desde hace generaciones a la política, al servicio público y a las labores literarias. Su bisabuelo, Mariano Baptista Caserta, fue presidente de la república en la última década del siglo XIX. Este político conservador fue considerado en su tiempo como el mejor orador que tuvo el país. Nuestro autor tiene el mismo apodo que su antepasado (el Mago) a causa de su facilidad para la palabra. Mariano ingresó muy joven a la vida política nacional: antes de cumplir los 20 años ya era secretario privado del presidente Víctor Paz Estenssoro, en la época de las grandes reformas sociales (1952-1956). Se puede decir que entró a la política desde arriba, lo que le permitió una visión privilegiada sobre este campo, complejo y monstruoso simultáneamente. Estudió derecho en Sucre y La Paz. Se dedicó parcialmente al periodismo: de 1972 a 1982 dirigió el periódico *Última Hora* de La Paz, en cuyo seno fundó la Biblioteca Popular. Esta fue una colección que llegó a abarcar más de 50 volúmenes a precios muy bajos, entre reediciones de clásicos y estudios de temas contemporáneos. Baptista fue embajador en Washington durante el

* Filósofo y ensayista, tiene un doctorado en filosofía y ciencias políticas en la Universidad Libre de Berlín (1973). Es autor de las novelas *Laberinto de desilusiones* (1983), *La utopía de la perfección* (1984), *Opandamoiral* (1991), *Consejero de reyes* (1993) y, entre otros, de los ensayos *Introducción a la teoría crítica de la sociedad* (1970), *El carácter conservador de la nación boliviana* (2003) y *Evitando los extremos sin claudicar en la intención crítica* (2011).

régimen de la Unidad Democrática y Popular (UDP, 1982-1985). También fue ministro de Educación bajo tres gobiernos muy diferentes entre sí (1969-1970, 1979 y 1989-1991).

Paulatinamente se desilusionó de la política: la disparidad entre la retórica revolucionaria y la realidad prosaica generó en Mariano, como en toda persona sensible, una inclinación hacia la duda creativa y el análisis profundo. Desde temprano y como persona inteligente empezó a cultivar un talante crítico-reflexivo que ha mantenido hasta la actualidad y que, lamentablemente, no contribuye a granjearse dilatadas simpatías. Como se sabe, la distancia entre teoría y praxis fue el factor que favoreció decisivamente el desarrollo de la filosofía en la Grecia clásica. Dos autores que reflexionaron en torno a esta discrepancia, constitutiva de la actividad humana, y que se incrementa con el crecimiento de la complejidad de todo orden social, tuvieron una gran influencia sobre él: el Mahatma Gandhi y Bertrand Russell. Además ellos le enseñaron, asevera nuestro autor en una entrevista concedida al periódico *El Diario* de 24 de agosto de 2015, la doctrina de la no violencia.

El impulso básico que lo anima desde entonces es un elemento ético que lo induce a meditar sobre el efecto, a menudo devastador y casi siempre ambiguo, que produce la política en el grueso de la población y en el destino concreto de los seres humanos. El tratamiento crítico de los grandes dogmas y el curioso destino de las doctrinas de fuerte irradiación popular han constituido algunos de los temas principales de reflexión para nuestro autor. Esta actitud le llevó a abandonar definitivamente la actividad política y, como afirma Demetrio Reynolds en el texto “Mariano Baptista Gumucio” (publicado por *Los Tiempos* el 12 de agosto de 2015), a tomar partido de manera apasionada por los asuntos culturales. Puedo aseverar que Mariano tomó la determinación correcta por excelencia. “Las ideas –dice Baptista parafraseando a Jorge Luis Borges en la entrevista citada– nacen tiernas, pero envejecen feroces”. Aquí no hay mucho que agregar.

Esta constelación general llevó a Baptista a las dos grandes preocupaciones de su vida: la historia y el vasto campo de la cultura. Nuestro autor ha publicado numerosos libros sobre la historia política e intelectual de Bolivia. Su enfoque general ha mantenido siempre una perspectiva atenta al contexto internacional y a la evolución del pensamiento en el ámbito mundial. Hoy, después del ocaso de los grandes dogmas, podemos intuir que Mariano apostó acertadamente por el pluralismo de ideas y valores, aunque siempre

puede sobrevenir un renacimiento de las doctrinas más irracionales. Desde la Antigüedad, los escépticos, cuyo espíritu comparte Baptista parcialmente, han creído en la imprevisibilidad del género humano. De todas maneras, esta visión lo ha preservado eficazmente de caer en las tendencias nacionalistas, teluristas y nativistas, todas ellas francamente provincianas, que han sido y son tan frecuentes entre los intelectuales bolivianos.

Algunos de sus libros han sido pioneros al analizar problemas y carencias que solo mucho más tarde se han convertido en temas discutidos por la opinión pública. Algunos títulos, ya clásicos como *Salvemos a Bolivia de la escuela* (1971), *La educación como forma de suicidio nacional* (1973), *El país tranca* (1976) o *El país erial* (1977) nos muestran el temprano interés de Baptista por cuestiones pedagógicas, ecológicas y burocráticas, cuestiones que hoy han ganado en intensidad y también en irracionalidad.

El tomar partido apasionadamente por la cultura se ha mantenido hasta la actualidad con los dos proyectos más recientes de nuestro autor: la descripción de las capitales departamentales mediante la visión de viajeros, cronistas e historiadores, por un lado, y la compilación de cartas para comprender la historia patria, por otro. Hace poco, Mariano Baptista me explicó personalmente su proyecto de las capitales departamentales como el intento de recuperar la memoria histórica y, al mismo tiempo, de preservar la unidad del país. Me dijo que estamos en tiempos de incertidumbre y hasta pesadumbre y que, en ese contexto, la serie sobre las ciudades capitales debe contribuir a cimentar la unidad y la fraternidad entre las regiones del país mediante el conocimiento mutuo de sus tesoros culturales.

No creo, por mi lado, que estemos en un periodo signado exclusivamente por esas cualidades dramáticas. La historia de la nación siempre ha estado marcada, según mi modesta opinión, por la inseguridad ubicua y la falta de un auténtico Estado de derecho. Además, puedo mencionar el predominio de un burocratismo irracional y el carácter caprichoso de sus habitantes, pero todo esto no ha impedido la conformación de un Estado relativamente sólido. La evolución boliviana pasa por ciclos recurrentes: los periodos liberal-democráticos son seguidos por regímenes populistas y autoritarios. Estos últimos traen un manifiesto desinterés por el Estado de derecho y una exacerbación curiosa de lo que el gobierno respectivo define como manifestaciones de la cultura popular. Todo esto no es algo nuevo o desacostumbrado. Baptista hace bien en recordarnos la estudiada negligencia con la que el

gobierno central ha tratado casi siempre los asuntos culturales. El mal estado de las bibliotecas públicas y los repositorios documentales, por un lado, y la mediocridad de las universidades en el sentido creativo, por otro, constituyen factores elocuentes de esa corriente. El sin duda loable propósito de Mariano fue descrito por él mismo de este modo en el libro *Cochabamba: Evocación y homenaje*:

[debe existir] la doble intención de alzar la autoestima de cada una de nuestras regiones a tiempo de que los lectores comprendan cómo a lo largo de varios siglos se ha ido forjando la nacionalidad boliviana [...]. Este país no es patrimonio de ninguna etnia o partido; pertenece a todos los que llevan con orgullo el gentilicio de bolivianos (2012: 13-24).

ESTE LIBRO EN RELACIÓN A LA OBRA GENERAL DE MARIANO BAPTISTA GUMUCIO

Se percibe en la obra global de Mariano Baptista Gumucio un impulso crítico y ético que intenta traspasar la pesada herencia de lugares comunes como el patriotismo de parroquia, las leyendas sobre la pretendida riqueza del subsuelo y los mitos profundos en torno a los factores del atraso, tópicos que también se han condensado en la literatura, en las obras de la cultura académica y erudita y en la mentalidad colectiva boliviana. Frente a esta verdadera marea de prejuicios muy expandidos, que forman la porción más entrañable y profunda del sentido común social, Mariano ha intentado una interesante labor en pro de una visión bien fundada y documentada y a la vez amena de nuestra tormentosa evolución. Por otra parte, hay que mencionar lo siguiente: Bolivia, en comparación con naciones de magnitud poblacional semejante, ha generado notables productos en los campos de la historiografía, la filosofía política y social y la literatura de la más alta calidad. Si dejamos a un lado las modas relativistas y la corrección política del momento, y si echamos un vistazo crítico a la creación filosófica y sociológica en la mayoría de los países de Asia, África y América Latina, podemos comprobar, efectivamente, que solo los estados con una población muy grande pueden exhibir manifestaciones intelectuales comparables a las bolivianas. Otra cosa muy diferente es que nuestra sociedad no ha sabido o no ha querido apreciar de manera adecuada lo que se ha elaborado en aquellos campos que exigen un cierto esfuerzo de comprensión. El conjunto de la obra de Mariano Baptista Gumucio es una buena contribución en este sentido.

Precisamente el desarrollo general del país –tan traumático, pero simultáneamente tan proclive a ser tratado literariamente– puede ser

iluminado mediante el género epistolar, que nos permite vislumbrar las motivaciones a menudo ocultas de los protagonistas históricos. Las dudas y las vacilaciones de estos últimos, pero también sus anhelos secretos y los primeros o últimos impulsos de su actuación, salen a la superficie mediante las cartas, que habitualmente no están destinadas a la luz pública.

Por consiguiente, en Baptista, el interés por los estudios históricos y su ocasional condensación en cartas tiene que ver con el gran anhelo racionalista de esclarecimiento: hay que llegar al fondo de las cosas, a la verdad –si es que hay algo tan inasible como la verdad– y así realizar un acto de pedagogía colectiva, una especie de catarsis social con la intención de conocernos mejor a nosotros mismos. Es decir, examinar nuestros errores y aprender de ellos. En ello Mariano Baptista sigue un precepto clásico: “La historia es la maestra de la vida”, como decía Cicerón. Como se sabe, el olvido y la distorsión de la propia historia han sido siempre un factor poderoso para acrecentar el legado de prejuicios y medias verdades. Sobre esta temática y como corolario escribió su amigo personal, el notable novelista Augusto Céspedes en el manuscrito (en poder de Mariano) titulado *Erudición e ironía*: “Baptista se revela [...] como un humanista cuya preocupación por el destino del hombre irradia en las deleitosas enseñanzas que extrae del increíble caos que componen la historia y la actualidad del mundo” (Céspedes, 1973: 5).

Y en el mismo texto Céspedes afirma:

La fluidez periodística de las crónicas del Mago no está desprovista de seriedad y, en su fondo, flotan las areniscas auríferas de su ironía. Una ironía que, igual que en su rostro, es sonrisa que nunca se despliega en carcajada. Examina livianamente los asuntos, deslizándose una erudición de la que puede disfrutar el lector como un documental de cine breve y bien realizado (*ibid.*).

Por otra parte, Mariano ha tratado de recobrar la herencia teórica y moral de algunos personajes importantes de la creación intelectual del país. Fruto de esos esfuerzos tenemos los siguientes libros: *Yo fui el orgullo: Vida y pensamiento de Franz Tamayo*, Alcides Arguedas: *Juicios bolivianos sobre el autor de Pueblo enfermo* y *Atrevámonos a ser bolivianos: Vida y epistolario de Carlos Medinaceli*. En estos reúne testimonios y observaciones de muy diverso origen que son casi imposibles de encontrar en otras fuentes. Particularmente valioso ha resultado el volumen consagrado a Medinaceli, que contiene entrevistas, crónicas, recuerdos y análisis que solo se hallan en ese libro.

Para concluir este acápite, parece necesaria una breve reflexión sobre el sentido global de estos esfuerzos. Uno se puede preguntar, por ejemplo, si estos esfuerzos esclarecedores de Baptista han valido (o no) la pena. Es posible, por ejemplo, que los libros de Mariano pasen en forma inadvertida en la esfera académica y universitaria boliviana, sobre todo en el seno de los llamados intelectuales progresistas. La mayoría de estos últimos no siente probablemente la necesidad de escudriñar sus propios valores de orientación, de cuestionar sus certidumbres ideológicas o de poner en duda lo obvio y sobreentendido de sus tradiciones y creencias bien arraigadas. Ellos creen que ya saben lo que puede y debe ser pensado, enseñado y publicado. En Bolivia, hoy en día, contamos con miles de textos y libros sobre asuntos sociales, políticos, culturales e históricos, pero la mayoría de ellos evita cuestionamientos realmente serios de los pilares de la identidad nacional, lo que constituye, precisamente, el núcleo de los afanes de Baptista. Una parte considerable de nuestra producción intelectual reitera y consolida los mitos profundos, es decir, los lugares comunes de la mentalidad colectiva. Un buen ejemplo de este fenómeno es el tratamiento rutinario y convencional de la cultura de la era colonial que es vista como una retahíla interminable de actos de explotación y humillación de la población aborigen. La etapa colonial, que ha sido una de las cunas de la nacionalidad, presenta, por supuesto, una gran variedad de elementos culturales.¹

Una buena porción de la literatura que se publica en torno a temas de historia y ciencias sociales fomenta una identificación fácil con los prejuicios seculares de la población. Sin embargo, un espíritu genuinamente crítico-científico evita cualquier identificación fácil y promueve, en cambio, lo que es fundamental para todo conocimiento auténtico: el desencanto, la desilusión con las certidumbres de nuestra infancia intelectual por más seguridad anímica que estas nos hubieran proporcionado. Este es el fuerte de Mariano Baptista, quien ha eludido exitosamente las rutinas y las convenciones más difundidas entre nuestros intelectuales. Hoy en día, estas corrientes prevalecen, otra vez sin rival, en el ámbito universitario y académico. Cuentan con representantes muy ilustres como los teóricos de la descolonización

1 Recomiendo la lectura de un notable ejemplo de un análisis cuidadoso y basado en fuentes de una parte de esa cultura colonial: “Los elementos de filosofía política en la era colonial del Alto Perú: Una aproximación provisional” de Erika J. Rivera, publicado en la revista *Ciencia y Cultura*, vol. 19, núm. 34, La Paz, junio de 2015.

y los innumerables representantes de los estudios postcoloniales y subalternos en universidades de todo el mundo. Pese a su enorme popularidad y a su éxito político, es probable que estas modas de pensamiento no pasen la prueba de los siglos, pues carecen de un factor central: les falta un espíritu de autocrítica, una mirada analítica sobre sí mismas y, casi todas ellas, prescinden de la dimensión de la ironía, que es, en el fondo, la distancia escéptica con respecto a uno mismo y la comprensión de la ya mencionada ambivalencia de los fenómenos humanos. Menciono estos aspectos porque conforman una parte central del impulso intelectual que guía a Mariano Baptista Gumucio. Un notable ejemplo de esa combinación de erudición con ironía y de originalidad con espíritu crítico está vertido en el libro *Latinoamericanos y norteamericanos: cinco siglos de dos culturas* (1987).

EL GÉNERO EPISTOLAR Y ESTE LIBRO EN RELACIÓN AL CAMPO DISCIPLINARIO

Como aseveró Luis Urquieta Molleda en el prólogo a la primera edición de *Cartas para comprender la historia de Bolivia*, este libro está dirigido a todos aquellos que tienen “interés por ahondar el conocimiento de nuestra historia” (2013: 27) ya que las cartas pueden ser una fuente genuina para encontrar datos documentales, para conocer opiniones que no siempre emergen en otros documentos y para conseguir datos biográficos de personalidades públicas. La carta es la “conversación con un ausente”, como dice Urquieta, citando a autores clásicos; las cartas contienen a veces una verdad superior que escapa a los libros. René Zavaleta Mercado, lo verán más adelante, tenía una opinión más pesimista sobre el género epistolar al que califica, en una carta dirigida a Baptista, como “el género de los guarangos pulcros, la intimidación de los cobardes en sociedad. Naturalmente, esta opinión tiene la exageración de todo lo que es gratuito” (pág. 434).² Y en otra misiva, Zavaleta afirma:

Es cierto que el epistolar es un género fenecido, imposible utilizarlo hoy como vehículo de debate y polémica que sirva para aclarar ideas y definir posiciones. Cuando más, y de ahí la utilidad que pueda tener nuestra correspondencia, es útil para ir adelantando proyectos y proposiciones en torno a las tareas que podamos desarrollar más adelante (pág. 438).

Baptista no cree que el epistolar sea un “género fenecido” y por eso ha emprendido esta compilación. En el prólogo de este libro dice que

2 Nota de los editores (NE): la paginación corresponde a la presente edición.

esta selección “no ha sido nada fácil de reunir, pues es bien sabido que son muy escasos los epistolarios en nuestras letras” (pág. 57). Nuestro autor es quien publicó los epistolarios de Alcides Arguedas y Carlos Medinaceli, los cuales constituyen los principales ejemplos de esas pocas compilaciones. Y continúa Mariano: “tropecé con documentos de extraordinario valor, los cuales prácticamente son desconocidos incluso por los historiadores de la época. Se me ocurrió que podría ser interesante reunir un conjunto de cartas que ayudaran a comprender nuestro desarrollo histórico” (*idem*). Aquí está formulada con toda claridad la finalidad del presente libro y la intención central de Baptista. Aunque hay otro motivo adicional, en las palabras del autor:

No pensaron [los autores de las cartas] que alguna vez saldrían a la luz y por eso brillan, por los hondos sentimientos que expresan, verdaderos desgarros del alma, expresiones de pesar o de dolor infinitos que es difícil encontrar con pasión igual en la literatura de ficción. Los he seleccionado por su interés o curiosidad, por lo hechos que relatan, por la gravitación de estos en la historia del país y he detenido mi búsqueda en la década de 1970 del siglo xx (*idem*).

Baptista hace una breve recapitulación de los aspectos más importantes del género epistolar: su relevancia documental e histórica y su utilización, por parte de ilustres escritores, para construir novelas famosas u obras de reflexión filosófica o religiosa. En este punto es indispensable señalar que posiblemente el género epistolar esté condenado a desaparecer gradualmente pues los instrumentos contemporáneos de comunicación en nuestra época postmoderna tienden a devaluar la palabra y la oración, el estilo individual y la estructuración lógico-racional de lo escrito, las preocupaciones de gran envergadura y los sentimientos intensos y profundos. Todos estos elementos, que pertenecen a la tradición de aquellos que escribían cartas, se están diluyendo paulatinamente ante la fuerza de las imágenes fugaces y ante la preponderancia de un lenguaje terriblemente simplificado que puede ser interpretado, a su vez, como la manifestación de un modo simplificado de pensar.

Desde un comienzo, los seres humanos nos hemos relacionado unos con otros mediante procedimientos muy diversos como el afecto y la violencia, el habla racional y la amenaza irracional, el mensaje explícito y el propósito implícito. Las cartas clásicas, nos dice Mariano Baptista citando a Pedro Salinas, nos aportan otras formas de establecer relaciones: “un entenderse sin oírse, un quererse sin tactos, un mirarse sin presencia en los trasuntos de la persona que llamamos recuerdo,

imagen, alma” (pág. 47). En su calidad de composición escrita, la epístola tiene, además, la invaluable ventaja de someterse, aunque sea tangencial y esporádicamente, a las prescripciones del arte literario; conserva así la gracia de la conversación espontánea, pero elimina las reiteraciones superfluas y los errores habituales de la misma. Finalmente, hay que señalar que, con este volumen, Mariano realiza un sentido y necesario homenaje a dos instituciones entrañables que hoy se hallan en franca retirada: el correo y los carteros.

LA OBRA EN RELACIÓN A SU CONTEXTO SOCIOHISTÓRICO

La obra está organizada cronológicamente. El compilador nos presenta documentos epistolares, es decir, comunicaciones de índole privada o semipública. Con referencia a esta última denominación, se puede decir que engloba las cartas dirigidas a las autoridades como ser peticiones, descargos o informes que no están pensados para una vasta audiencia. Algunas de las cartas van acompañadas de una breve nota del compilador, en la cual se dan algunos datos biográficos sobre el autor del documento y el contexto histórico que vivió. Todos los documentos epistolares han sido elegidos por Baptista Gumucio a causa de su valor informativo para comprender mejor la historia boliviana y sus múltiples trasfondos, los cuales a menudo no son explicitados en los libros de historia. Se puede, por supuesto, cuestionar el método y los resultados de la selección realizada por Mariano; algunas de las epístolas parecen ser de poca relevancia y otras tocan asuntos personales que no alcanzan a tener envergadura histórico-política. También se puede criticar la inclusión de una carta de Cristóbal Colón al rey Fernando el Católico anunciando el descubrimiento del nuevo mundo o una relación en torno a la captura de Atahualpa por los soldados de Francisco Pizarro, pues ambos documentos tienen solo una relación mediata con el territorio de la posterior Bolivia. En casos similares, se puede argumentar que este tipo de cartas sirve para comprender mejor el contexto del descubrimiento y la conquista de estas tierras por un puñado de aventureros y soldados castellanos, que poco después se transformó en el inmenso imperio colonial español.

En general, se puede afirmar que los documentos epistolares han sido seleccionados convenientemente de acuerdo al criterio de la relevancia a largo plazo en el campo de la historia. Un ejemplo curioso y muy interesante de esta temática puede ser estudiado en la larga epístola que un oidor de la Real Audiencia de La Plata, Juan José de

Segovia, dirigió a una hija suya (María Rosalía) que acababa de casarse. En esta carta se trasluce la posición claramente subordinada de la mujer, primero con respecto al padre y en segundo lugar con relación al marido. Esta subordinación no requería de estatutos legales explícitos pues prevalecía sin rival mediante los códigos paralelos no escritos pero de una fuerza normativa que no conocía ningún contrapeso. Al mismo tiempo, y en las clases altas coloniales, esta sumisión podía ser astutamente socavada por medio de un comportamiento social que de boca para afuera era solo obediencia y que, en el fondo, contenía el diseño de una disimulada manipulación. Dice el oidor a la letra:

Supuesto que el marido justamente es la cabeza de la familia y la mujer le debe estar subordinada, no te resta otro medio legítimo para participar de su autoridad que la sumisión, la complacencia y la dulzura pues, dándole gusto en cuanto quiere y manda, bien presto le pondréis en estado de que no quiera más que lo que a vos te agrada, porque la gracia del marido solamente se puede conservar haciendo todo lo que es de su gusto y sufriendo pacientemente todo lo que hace, aunque a la mujer desagrade (pág. 90).

Más adelante el oidor expresa los “lugares comunes” de su época en torno al género femenino –la tendencia a lo superfluo, la proclividad a la hipocresía y la necesidad de la sujeción al género masculino– junto con la pertinencia de soportar las infidelidades del marido, consideradas como inevitables, mediante una conducta prudente que no haga notar el fastidio y el desagrado de la esposa. Entonces, aconseja el padre de modo pragmático: “¡Qué bien viene entonces una dulce tristeza sin quejas y sin aspereza!” (pág. 95). La epístola del oidor nos muestra, en pocas páginas, los valores morales de orientación de la clase alta colonial y, simultáneamente, nos introduce en el ámbito de los prejuicios seculares con respecto a las mujeres.

Con respecto a la época colonial –y, en realidad, con relación a casi todo periodo anterior al siglo XIX–, no contamos con datos confiables de amplia base para reconstruir aspectos como la mentalidad colectiva, la cultura política y las pautas normativas de la vida cotidiana. Las encuestas de alta representatividad y los estudios actuales de la antropología y la sociología, basados en investigaciones empíricas, eran desconocidos. Nuestros conocimientos en estos terrenos se derivan de escritos relativamente circunstanciales como cartas, relaciones de viajeros, crónicas menores y datos desperdigados en documentos notariales y afines. Precisamente, estos rubros han sido los estudiados por Baptista para edificar una historia de Bolivia que no se limite a los grandes hechos políticos y militares. Como ejemplos de

este procedimiento para auscultar la dimensión axiológica –los valores de orientación de la etapa colonial–, podemos mencionar la ya citada carta del oidor Juan José de Segovia, una curiosa relación sobre la vida del autor Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela y un conjunto de breves amonestaciones en torno a las buenas costumbres de la pluma de un arzobispo de Charcas. También podemos percibir claramente el desinterés de las autoridades coloniales por la investigación científica y por honrar compromisos adquiridos anteriormente con la gente de la ciencia y la cultura científica. Una comunicación oficial del último presidente de la Real Audiencia, antes de los sucesos de mayo de 1809, nos informa que, en el Alto Perú, el sentimiento colectivo antiespañol y hasta antieuropeo era muy fuerte y extendido, y que una fuerte revuelta anticolonial estaba dentro de las posibilidades vislumbradas por el estamento gubernamental español.

Ya en la época republicana algunas cartas nos muestran aspectos no muy conocidos de nuestra historia. Aunque no es algo enteramente nuevo, una misiva de José Antonio de Sucre al Libertador Simón Bolívar trasluce las diferencias entre ambos próceres sobre el destino de las provincias altoperuanas. Además es adecuado mencionar que Sucre se defiende mediante argumentos sólidos y estrictamente racionales. Aquí se percibe, además, algo que no emerge en los libros de historia para difusión escolar: en los albores de la Independencia y entre los prohombres de aquellas luchas, Bolívar y Sucre representaban dos posiciones político-ideológicas distintas, aunque no contrapuestas. Bolívar estaba más cerca de corrientes conservadoras mientras que Sucre era más afín a tendencias liberales, partidarias del laicismo, la separación entre Estado e Iglesia, la educación gratuita y obligatoria y la preservación de lo que hoy denominamos el Estado de derecho.

Un texto interesante es el compuesto por el general Eliodoro Camacho cuando fue prisionero de guerra en Chile inmediatamente después de la Guerra del Pacífico. Camacho, quien fue fundador del Partido Liberal y varias veces candidato a la presidencia, trata de esclarecer algunos prejuicios populares muy expandidos acerca de la conducción de la guerra y el rol nefasto del caudillo populista Hilarión Daza. Algunas de las epístolas más interesantes y famosas de este libro se refieren al conflicto marítimo boliviano, como la carta-ultimátum del representante chileno Abraham König al entonces ministro de Relaciones Exteriores, Eliodoro Villazón, donde se hallan las terribles palabras:

Chile ha ocupado el litoral y se ha apoderado de él con el mismo título con que Alemania anexó al imperio de la Alsacia y la Lorena, con el mismo título con que los Estados Unidos de la América del Norte han tomado a Puerto Rico. Nuestros derechos nacen de la victoria, la ley suprema de las naciones. Que el litoral es rico y que vale muchos millones, eso ya lo sabíamos. Lo guardamos porque vale; que si nada valiera, no habría interés en su conservación. Terminada la guerra, la nación vencedora impone sus condiciones y exige el pago de los gastos ocasionados. Bolivia fue vencida, no tenía con qué pagar y entregó el litoral (pág. 282).

La respuesta del canciller Villazón es brillante, digna y muy bien razonada. Lamentablemente los acontecimientos posteriores siguieron otros ritmos. En este contexto, hay que señalar una curiosa misiva del diplomático boliviano Luis Salinas Vega al ministro Alberto Gutiérrez –quien suscribió a nombre de Bolivia el Tratado de 1904 con Chile–, carta que aclara con muchos pormenores la misión del gran historiador Gabriel René Moreno durante ese conflicto y lo libra de toda culpa y cargo. El documento también nos da luces sobre las causas de la elevada susceptibilidad popular en torno a esta temática. Uno de los principales rasgos de Baptista consiste, precisamente, en esclarecer los cimientos, los motivos y la perdurabilidad de los fenómenos de susceptibilidad colectiva como lo muestran los ejemplos referidos a los mitos en torno a la Guerra del Chaco: hasta un autor muy bien informado, como era el caso de Carlos Montenegro, reitera en una carta dirigida a Eduardo Arze Quiroga, el 14 de diciembre de 1938, la leyenda de la total responsabilidad del agente externo (la compañía petrolera Standard Oil), y lo hace sin ninguna base documental y sin ninguna precaución relativizadora.

Algunos aspectos poco conocidos del contexto sociohistórico quedan aclarados, aunque sea parcialmente, mediante algunos documentos de pensadores reputados como progresistas. En este sentido es importante consignar la opinión de Carlos Medinaceli, el crítico literario más notable que ha tenido Bolivia, conocido además por su oposición a las clases altas tradicionales. Medinaceli afirmó en 1928: “Lo corrompido en nuestro país, y más que corrompido, artificioso y falso, son las ciudades y la vida de ciudad; lo verdadero y sano es el campo, y son las campesinas costumbres. [...] Éramos un pueblo sano, de costumbres y vida aldeanas y feudales” (pág. 336). Su descripción de lo negativo no deja lugar a dudas: “la libertad y la democracia son, precisamente, dos síntomas de decadencia, de corrupción racial, social y política” (*idem*). Lo positivo, según Medinaceli, estaba encarnado en “la santidad campesina de la vida del hogar”, a la que sería razonable

regresar, pues el hombre es “más desgraciado y más esclavo” cuando se aparta de la naturaleza (el ámbito rural) y aspira a la libertad política y a la diversidad de opiniones y valores, que es lo que caracteriza el espacio urbano. Es una clara declaración programática contra la modernidad, compartida por numerosos pensadores de aquella época y también de la actualidad, pues la vida de las grandes urbes, regida por el principio de eficacia y rendimiento, sería, en el fondo, un orden social insoportablemente complejo e insolidario. Esta posición puede ser calificada como un alegato paternalista contra la modernidad occidental y, al mismo tiempo, como un manifiesto conservador envuelto en un lenguaje radical. La nostalgia por la sencillez y la moralidad de la vida rural premoderna, exenta de las alienaciones contemporáneas, alimenta este tipo de argumentación que, en la dura praxis cotidiana, significaría mantener a la mayor parte de la población en un estadio cultural de infantilismo y apoliticidad.

Igualmente interesantes son las aseveraciones de René Zavaleta Mercado, el más ilustre marxista que ha dado Bolivia, contenidas en dos cartas dirigidas a Mariano Baptista Gumucio en 1962. En ellas, Zavaleta expuso claramente su concepción desilusionada sobre la Revolución Nacional de 1952, por un lado, y sus ideas normativas sobre el desarrollo deseable para Bolivia y los métodos para lograrlo, por el otro. Zavaleta recuerda con nostalgia “la violenta inocencia de los primeros años de la revolución” (pág. 428) pues supone que este proceso revolucionario ha perdido ímpetu y dirección adecuada. Paralelamente, Zavaleta afirma que la meta por excelencia del proceso revolucionario debería ser “la marcha hacia la industria pesada” (pág. 435). A este fin se deben subordinar, de acuerdo a Zavaleta, todas las actuaciones del Estado. Hay que restringir el consumo masivo de la población, por ejemplo, y hay que limitar las obras de infraestructura social. Estas últimas son aludidas por Zavaleta mediante expresiones claramente despectivas como “cloacas” y “escuelitas”. Las naciones que no propugnan una industria pesada como meta normativa son calificadas como despreciables (Paraguay es calificado por Zavaleta como un “paisillo agrícola” y la Argentina como una “excelente semicolonía gorda”). Y, como método para disciplinar a la población, Zavaleta afirma que no hay que descartar el terror porque sí. En el contexto de la posible utilización del terror contra la propia población, Stalin es evocado por Zavaleta como “tan maldito como necesario, un creador maldito” (pág. 437).

Este programa de desarrollo implica algo muy grave que ha ensombrecido para siempre los experimentos socialistas del siglo xx: la aplicación del terror cotidiano, sistemático e ineludible como instrumento aparentemente neutral para disciplinar a las masas y para hacer avanzar la sociedad respectiva a un ritmo histórico acelerado que la propia población –que no posee la clarividencia de los dirigentes– no puede comprender adecuadamente. Todos estos elementos (la decisión de industrializar aceleradamente una sociedad, las restricciones al consumo de las masas, el terror como método de disciplinamiento colectivo) pertenecen al acervo del stalinismo en la primera mitad del siglo xx y fueron usados generosamente en los regímenes del socialismo real. La Unión Soviética fue elevada en pocos años al rango de una gran potencia industrial y militar, con los costos en vidas humanas que son bien conocidos. Numerosos intelectuales de izquierda en todo el mundo aplaudieron este modelo de desarrollo que parecía generar una magnífica evolución técnico-económica, exculpando sus rasgos totalitarios (el terror) a causa de ese éxito. Los pensadores progresistas bolivianos adoptaron mansamente esa rutina doctrinaria. ¿Pero están por ello exentos de toda crítica? ¿Además, este paradigma histórico resultaría tan recomendable? Su implantación en Bolivia hubiera sido, con toda seguridad, más desordenada y más folclórica que en la Rusia de Stalin, pero la gente pensante, incluyendo en primer lugar a los izquierdistas, hubiera pertenecido a las primeras víctimas del stalinismo criollo.

EPÍLOGO: EL RASGO TEMÁTICO PRINCIPAL

En el fondo, Mariano Baptista Gumucio intenta una gran cruzada de reeducación nacional, mostrando y analizando los males del país, especialmente los relativos a las mentalidades predominantes. Esto se ve claramente en la presente compilación de cartas y asimismo en muchas otras obras de nuestro autor. La tradición general del país tiende a la celebración acrítica de lo propio y a adoptar fácilmente concepciones históricas acuñadas por los intelectuales de moda y por los formadores oficiales de la opinión pública, lo que significa, en el plano teórico, aceptar mansamente las doctrinas nacionalistas, marxistas y ahora postmodernistas. En sus nueve volúmenes sobre las capitales departamentales, Baptista, mediante los textos de otros autores (sobre todo cronistas y viajeros), nos hace comprender la complejidad de la constelación histórica general. El progreso material,

por ejemplo, ha conllevado la destrucción de las selvas tropicales, así como también durante la época colonial la actividad minera significó la eliminación de los bosques de las zonas templadas. Esta destrucción del medio ambiente ocurre de forma independiente al carácter político del régimen gubernamental cambiante. El progreso y la globalización han significado para la Bolivia actual el aniquilamiento de un hermoso manto vegetal, perdido para siempre, y la introducción de la economía informal-delictiva. Al tema ecológico, Baptista ha consagrado algunos textos pioneros en su momento.

El trasfondo educacional y cultural de esta problemática ha sido señalado de manera muy clara y pedagógica en el libro ya mencionado sobre Cochabamba. En él, Baptista muestra un problema, el de las mentalidades colectivas, y los peligros de exageraciones interpretativas. Para lograrlo, intercala una “Psicología regional de Cochabamba”, tomada del conocido tratado *Pueblo enfermo* de Alcides Arguedas. Este atribuye a los habitantes de aquella ciudad una considerable fantasía, un “desborde imaginativo, amplio, fecundo en ilusiones o mejor: en visiones de carácter sentimental. Todas las ideas de seductora apariencia y –por curioso contraste– lo dogmático seducen el espíritu despierto de esa región” (Baptista, 2012: 88-91). Y prosigue Arguedas: “Allí la imaginación prima en desborde impetuoso e incontenible: una imaginación robusta, variada en tonalidades, flexible, armoniosa, pero su excesivo desarrollo les hace cometer errores de toda índole” (*ibid.*: 89). Inmediatamente después de este texto, Baptista incluyó un breve y brillante artículo de Miguel de Unamuno (“La imaginación en Cochabamba”) en el que este pensador impugna esta extendida opinión en torno a la presunta imaginación propia de los cochabambinos. Incluyendo en su refutación a los bolivianos, a los hispanoamericanos en general y a los españoles, Unamuno asevera que hay que diferenciar entre la retórica ampulosa y la reiteración de certidumbres tranquilizantes –firmemente arraigadas–, por un lado, y la genuina imaginación creativa, por otro. Unamuno va más allá y afirma que Cochabamba y los pueblos del Nuevo Mundo y de la España premoderna no exhiben habitualmente una fantasía inteligente, sino un apego rutinario a unos cuantos principios invariables que brindan seguridad. Son dogmáticos, sentencia Unamuno, a causa de la “pobreza imaginativa” y no por tener una auténtica fantasía soñadora. Esta inclinación, nos dice este autor, está estrechamente vinculada a la picardía cotidiana, a la suspicacia sistemática: “esa viveza hija de malicie [...] esa torpe viveza, hija del recelo y de la envidia” (*ibid.*: 92-95).

Esta, disimulada por la oratoria frondosa y celebratoria, refuerza los prejuicios de vieja data y sosiega al espíritu convencional. La retórica frondosa no debe ser confundida con el anhelo de saber algo sobre el ancho mundo, algo que traspase los estrechos límites del contexto propio, del terruño amado, de las costumbres cotidianas y, por ello, estimadas en grado muy elevado. El derecho a la información –es decir, el derecho a saber lo que todavía no se sabe– tiene sentido si una sociedad atribuye un valor positivo al examen de lo extraño y desconocido. Ese anhelo, la base de la investigación científica, que Unamuno echa de menos en América Latina y España, es la actitud que nos permite comprender las carencias de lo que apreciamos entrañablemente.

Aunque esta argumentación parezca a primera vista muy literaria y alejada de los verdaderos problemas del país, Unamuno se adentra en el análisis de las mentalidades colectivas, de sus sustratos básicos y toca, por ende, una fibra emotiva muy controvertida. Y esto es lo que hace interesante e importante esta temática. En este sentido, la presente compilación de cartas nos muestra el interés prevaleciente de Mariano Baptista Gumucio por recuperar las mejores herencias culturales de Bolivia y, al mismo tiempo, esclarecer el fundamento, a veces monstruoso, que se halla por detrás o por debajo de las mentalidades colectivas. Una visión histórica bien fundamentada e inspirada por un impulso ético, como es, en el fondo, el contenido de los libros de Baptista Gumucio, nos enseña que mediante el análisis profundo y desapasionado podemos comprender nuestros errores y nuestras carencias y, sin falsas ilusiones, podemos emprender la construcción de un mundo mejor.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Baptista Gumucio, Mariano

- 2014a *Santa Cruz vista por cronistas y autores nacionales y extranjeros, siglos xvi al xxi*. Cochabamba: Grupo Editorial Kipus.
- 2014b *Tarija vista por cronistas extranjeros y autores nacionales, siglos xvi al xxi*. Cochabamba: Grupo Editorial Kipus.
- 2014c *Pando y la Amazonía boliviana, siglos xvi al xxi*. Cochabamba: Grupo Editorial Kipus.
- 2014d *Oruro visto por cronistas extranjeros y autores nacionales, siglos xvi al xxi*. Cochabamba: Grupo Editorial Kipus.
- 2013a *Potosí vista por viajeros y autores nacionales, siglos xvi al xxi*. Cochabamba: Grupo Editorial Kipus.
- 2013b *Sucre vista por viajeros extranjeros y autores nacionales, siglos xvi al xxi*. Cochabamba: Grupo Editorial Kipus.
- 2013c *La Paz vista por viajeros extranjeros y autores nacionales, siglos xvi al xxi*. Cochabamba: Grupo Editorial Kipus.
- 2013d *Cartas para comprender la historia de Bolivia*. Oruro: ZOFRO.
- 2012a *Cochabamba vista por viajeros y autores nacionales, siglos xvi al xxi*. Cochabamba: Grupo Editorial Kipus.
- 2012b *Beni-Moxos visto por cronistas y autores nacionales y extranjeros, siglos xvi al xxi*. La Paz: Apoyo Gráfico.
- 2011 *Busch, la flecha incendiaria*. Santa Cruz: Universidad Autónoma Gabriel René Moreno.
- 2009a *Lo que usted quería saber sobre historia y cultura de Bolivia y no encontraba dónde*. Cochabamba: Grupo Editorial Kipus.
- 2009b *La muerte de Pando y el fusilamiento de Jáuregui*. La Paz: s.e.
- 2007 *La guerra non sancta del obispo La Santa*. La Paz: Gobierno Municipal de La Paz.
- 2003 *Historia gráfica de la Guerra del Chaco*. La Paz: Grupo Editorial Kipus.
- 2002a *Bolivianos sin hado propicio*. La Paz: s.e.
- 2002b *José Cuadros Quiroga, inventor del Movimiento Nacionalista Revolucionario*. La Paz: s.e.
- 2000a *Evocación de Augusto Céspedes*. La Paz: Caraspas.
- 2000b *El mundo desde Potosí: Vida y reflexiones de Bartolomé Arzans de Orsúa y Vela, 1676-1736*. La Paz: Banco de Santa Cruz.
- 1990 *Mis hazañas son mis libros. Vida y obra de Augusto Guzmán*. La Paz: Plural editores.

- 1987 *Latinoamericanos y norteamericanos: cinco siglos de dos culturas*. La Paz: Editorial Artística.
- 1982a *Otra historia de Bolivia*. La Paz: Grupo Editorial Kipus.
- 1982b *Biografía de Palacio Quemado*. La Paz: Grupo Editorial Kipus.
- 1979a *Montenegro el desconocido*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- 1979b *Atrevámonos a ser bolivianos: Vida y epistolario de Carlos Medinaceli*. La Paz: Biblioteca Popular de Última Hora.
- 1979 *Alcides Arguedas. Juicios bolivianos sobre el autor de Pueblo enfermo*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- 1978 *Yo fui el orgullo. Vida y pensamiento de Franz Tamayo*. Cochabamba: Amigos del Libro.
- 1977 *El país erial: la crisis ecológica boliviana*. Los Amigos del Libro.
- 1976 *El país tranca: la burocratización de Bolivia*. Los Amigos del Libro.
- 1973 *La educación como forma de suicidio nacional*. Ediciones Camarlinghi.
- 1971 *Salvemos a Bolivia de la escuela*. Los Amigos del Libro.
- Céspedes, Augusto
- 1973 "Erudición e ironía". La Paz: Manuscrito del archivo personal de Mariano Baptista Gumucio.
- Francovich, Guillermo
- 2003 *Los mitos profundos de Bolivia*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- Iraegui Balenciaga, Aitor
- 2012 *La democracia en Bolivia*. La Paz: Plural editores.
- Molina, Fernando
- 2011 *El pensamiento boliviano sobre los recursos naturales*. La Paz: Fundación Vicente Pazos Kanki.